



ANTENOR ORREGO, PROFECÍA Y REALIDAD: SIETE ANUNCIOS CONFIRMADOS POR EL TIEMPO

Elmer Robles Ortiz

Profesor de la Universidad Privada Antenor Orrego, Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Trujillo. Miembro de la Sociedad de Historia de la Educación Latinoamericana, del Grupo de Investigación Historia y Prospectiva de la Universidad Latinoamericana, y de la Sociedad de Investigación Educativa Peruana. Condecoración de Palmas Magisteriales en el Grado de Maestro (2011).

Irremediamente, somos los hijos del presente; los siempre encadenados al raudo pasaje de las cosas, al estallar efímero de nuestras vehemencias. Nuestras realidades inmediatas devoran nuestra eternidad, reducen y desmedran nuestra proyección en la historia [...] Empero, la progenie humana engendra en todas las épocas ciertos ejemplares de hombres dotados de segunda vista, de una suerte de sentido del futuro que les permite percibir lo que existe vago y soterrado en la masa. Son los depositarios de la nueva fe, los heraldos vibrantes de la nueva esperanza, las urnas vivientes del nuevo amor. Son aquellas individualidades fuertes y magnéticas que agrupan y condensan en su torno, como polos de atracción, los afloramientos dispersos de la corriente central [...]. Padres e hijos, al propio tiempo, del ambiente en que actúan y de la realidad que crean [...] Las pautas de valoración corriente no abrazan esta prestancia creadora que rebasa y colma sus medidas. Son móviles muy superiores en excelencia ética a las normas comunes de la conducta humana, los que rigen estas voluntades que corren hacia la culminación de los fines que han concretado su vida.

Antenor Orrego, *Notas marginales*, 1922.

INTRODUCCIÓN

No imaginó Antenor Orrego (Montán, 1892-Lima, 1960) que muchas de sus palabras tornaran, con el correr de los años, cual bumerán favorable, para ser aplicadas a su propio caso. En efecto, como escribiera para referirse a los visionarios, el mismo fue de esos “ejemplares de hombres dotados de segunda vista, de una suerte de sentido del futuro que les permite percibir lo que existe vago y soterrado en la masa”. (1995, I: 35). Fue un espíritu selecto que pensó en prospectiva, dirigió su mirada en lontananza y formuló numerosos anuncios, profecías que, con el transcurso del tiempo, se hicieron carne de diversas realidades, en forma tal que nos dejan pasmados por su extraordinaria concreción. Lo que dijera respecto a César Vallejo, en lo concerniente a su proclividad de ver, en circunstancias concretas y precisas, realidades soñadas, también lo podemos aplicar a su propio autor. Las palabras son estas: “Indudablemente, poseía extrañas facultades premonitorias”. (1995, I: 23).

Orrego, coincidiendo con la filosofía dualista, de la intuición, del elan vital o del simbolismo de Henri Bergson (1859-1941), piensa que en el proceso del conocimiento el hombre requiere tanto de la razón cuanto de la intuición. Está convencido de que mediante las fuerzas racionales se llega hasta ciertos planos, a partir de los cuales las verdades se

hacen accesibles por las intuiciones, y además piensa que América necesita crear sus propias razones y vehiculizar racionalmente sus intuiciones para conocer y expresar su cultura y la totalidad de la vida. Estas verdades alcanzadas mediante las intuiciones y la interpretación de los símbolos o señales creadas por los pueblos contribuyen a definir la identidad cultural. Tal vez aquí se podría encontrar la explicación de sus extraordinarios anuncios visionarios, que el paso del tiempo los ha confirmado. No es nuestro propósito, indagar dichas cualidades. Apenas dejamos anotado este asunto.

Las investigaciones y reflexiones de Orrego son multidisciplinarias. Discurre en las esferas de la filosofía y con ella en la estética y la ética, asimismo de la antropología y la historia, la crítica literaria y el periodismo, la educación, la sociología y la política. Pero allí no agota su penetrante pupila y se adentra en otros campos, tal el caso de la psicología, que, hasta donde conozco, no ha sido aún explorado en los trabajos sobre el amauta, que en libros, artículos y discursos, desde su producción juvenil hasta los de su madurez, aplica magistralmente diversidad de elementos de esta ciencia: inteligencia, aprendizaje, personalidad, afectividad, autoestima y otros.

Aquí tenemos la intención de presentar, en una dispersión temática, pero con evidente sustrato unitario, siete predicciones y aciertos que demuestran la tendencia visionaria de Orrego, en cuyos aportes encontramos la raíz de múltiples ideas, procesos y hechos de hoy.

1. EL VATE DEL VATE: GENIALIDAD POÉTICA DE VALLEJO

El filósofo y el poeta se conocieron en 1914. Recordando el hecho, el primero escribe el año de 1955 en “Mi encuentro con César Vallejo”: “Ambos supimos, desde el primer instante, que íbamos a ser amigos de toda la vida. Lo supimos por esa *intuición juvenil que nos alumbra, a veces, desde el futuro, panoramas enteros de nuestra propia existencia*”. (1995, III: 23). Vale decir, desde entonces, extendieron su mirada hacia delante, al porvenir, a lo grande, a lo alto y columbraron el desarrollo de sus propias vidas. No

se quedaron en lo inmediato, en lo transitorio. Ni uno ni otro pensaron en éxitos instantáneos. A partir de allí, sus vidas y sus obras se unieron por lo trascendente y perdurable.

El anuncio de la gloria poética de Vallejo, hecho por Orrego, no aparece recién con el prólogo a “Trilce” en 1922, es anterior. Es un proceso que evoluciona con la producción del aeda, la misma que no es resultado de una repentina inspiración, sino obra de la maduración y de la necesidad estética de una expresión nueva. En esta predicción, distinguimos cuatro momentos.

PRIMER MOMENTO. En las postrimerías del mismo año de 1914, Vallejo entrega a Orrego, en las oficinas del diario “La Reforma”, donde éste ejercía el periodismo, los primeros manuscritos de versos de los cuales requiere su opinión. Cuarenta años después en el libro antes citado, el crítico relata que al terminar su lectura, tuvo la diáfana intuición de que había surgido en el Perú una extraordinaria vocación poética y literaria. Anota en un pasaje del relato expresamente destinado a dejar testimonio de su encuentro con el vate: “Malgrado el predominio de la imitación en todas estas composiciones, rompía, en veces, aquí y allá, un resplandor de calidad primigenia que anunciaba la poderosa genialidad de un auténtico poeta”. Y a los pocos días, ya en enero de 1915, al acudir Vallejo por el comentario solicitado, Orrego, según la reconstrucción de sus palabras le dice, entre otros conceptos:

“César, he visto a través de tus versos barrenando, diré, las paredes literales de tus palabras escritas, la posibilidad de un *poeta extraordinario*, pero, a condición de que te esfuerces por alcanzar la fuente más auténtica de tu espíritu. Luego, debes expresar lo que allí encuentres con tu propio y más genuino estilo personal que tienes que crearlo, porque *traes algo que es absolutamente nuevo* [...] Olvídate de estos versos y ponte a escribir otros durante los meses de vacaciones, concentrándote resueltamente en ti mismo. Debes tener la seguridad que *posees algo que nadie ha traído hasta ahora a la expresión poética de América*”. (1995, III: 26).

Pronto, Orrego publica en la página literaria de “La Reforma”, el poema “Aldeana”, uno de los que

había seleccionado de entre el conjunto entregado por el amigo. Y al pie puso una breve nota con este comentario, no textual, pero sí aproximado, según su propio autor: “Saludemos la aparición de un *gran poeta* en América. Esta pequeña y original composición es como la partida de bautismo de un creador de *calidades excepcionales*. Por su voz, comienza a expresarse auténticamente el continente”.

SEGUNDO MOMENTO. En 1916 murió Rubén Darío en León, de Nicaragua, poeta de enorme influencia en la juventud de toda América Latina. Con fervor, se leía, recitaba e imitaba. Los miembros del Grupo Norte o Bohemia de Trujillo, eran sus grandes admiradores. La etapa inicial de la poesía de Vallejo, hasta “Los heraldos negros”, refleja ostensiblemente la huella rubeniana. En una de sus acostumbradas reuniones nocturnas, el mencionado grupo realizó un original homenaje fúnebre al autor de “Azul”, “Prosas profanas”, “Cantos de vida y esperanza” y otras famosas obras. Por la voz sonora de José Eulogio Garrido, se hizo lectura íntegra de prosa y verso de Darío, y hubo comentarios entre sorbo y sorbo de vino y chocolate, y en medio de lágrimas, por añadidura. Vallejo –que en el grupo era pronto vencido por el llanto, cuando sentía hondas emociones– fue el que más lloró por Darío. Le gustaba mucho el poema “Nocturno” en cuyos versos iniciales el poeta nicaragüense dice: “Los que auscultasteis el corazón de la noche”, que todos los asistentes repitieron en coro.

Poco después, en cena de doce de la noche a tres de la mañana, en “Los Tumbos”, restaurante muy frecuentado por el grupo, Vallejo proclamando su independencia poética, dijo que Darío era Darío, pero “yo soy yo” y “aquí llegamos al cero y del cero vamos a contar de nuevo”. Uno de los integrantes de aquel histórico grupo, Víctor Raúl Haya de la Torre, escribe al respecto en carta a Luis Alberto Sánchez, el año de 1954, desde su asilo diplomático en la Embajada de Colombia, en Lima:

“Lo recuerdo, porque (todo esto con los ojos llorosos) Antenor se puso de pie y brindó por el 'nuevo genio de la poesía que tomará el puesto de Darío'. No puedo olvidar eso. Orrego con *aquel su tono de vaticinador, pero al mismo tiempo de maestro* (lo estoy oyendo)

dijo algo así como esto: 'Óyeme César, te lo digo porque tú eres incapaz de envanecerte: *tú eres genio, yo te proclamo el genio de la poesía americana*; y por eso sufrirás mucho (César Vallejo lloraba). Te proclamo yo humildemente, sin que nadie nos oiga, aquí en Trujillo ¡Ves? Tú eres el poeta nuevo superando en una ruta estelar a Darío'. (El discurso continuó, pero no en tono oratorio y proclamamos: Darío a muerto, viva Vallejo, pero con un añadido festivo: ¡Chocano ha muerto, muera Chocano!). Esa noche –continúa la cita– tejimos una corona de hojas de laurel y coronamos a Vallejo. Todo entre nosotros. Todo sin alardes. Yo era el más alegre y recité aquello de Amado Nervo 'Ha muerto Rubén Darío, el de las piedras preciosas, etc'. Todo esto quisiera escribirlo. Aunque cuando lo intento me tiembla la mano". [...] “Ustedes saben –siguió hablando Orrego, según esta fuente–, que *este cholo es genio*; y lo repetía varias veces, dirigiéndose a cada cual”. (Haya de la Torre y Sánchez, 1982, II: 140).

TERCER MOMENTO. En 1919, pero fechado en 1918, apareció en Lima el primer libro de Vallejo, “Los heraldos negros”, una selección de poemas, en parte ya publicados por diarios trujillanos. Desde Trujillo en la revista “La Semana”, Orrego había anunciado, en 1918, la próxima publicación de “Los heraldos negros”, allí sostuvo que el caso de Vallejo era un “caso único en nuestra literatura nacional”, por su temperamento originalísimo, su robusta individualidad literaria y riqueza de sugerencias.

A su salida, sólo en unos poquísimos espíritus selectos produjo resonancia acogedora. Y únicamente dos artículos saludaron su aparición. Uno de Orrego publicado en el diario “La Reforma”, de Trujillo, titulado “La gestación de un gran poeta”, y otro de Luis Alberto Sánchez en la revista “Mundial” de Lima. En el mencionado artículo, Antenor anota: “Para ser un *gran poeta*, para ser un *poeta universal* no le falta a Vallejo ninguno de los más altos, ni de los más raros dones naturales. Sé que esta afirmación mía ha de parecer temeraria en este país de los postizos, y de las convenciones consagratorias”. (1995, III: 65 y 66).

Y de veras sus palabras fueron temerarias. La obra fue recibida en silencio, en ambiente de sepulcro o con tono despectivo; no fue mencionada en la

reseña bibliográfica de entonces. El gran público la ignoró. Pesaba aún mucho la opinión de Clemente Palma cuando en la revista “Variedades” el año de 1917 había creado un clima negativo a Vallejo al criticar con términos terribles los versos titulados “El poeta a su amada”, calificándolos de “tonterías poéticas más o menos desafinadas o cursis”, “adefesio”, “burradas”, “mamarracho”, y al mismo tiempo al afirmar que el autor era “la deshonra de la colectividad trujillana” y ésta debería echarle lazo y amarrarlo “en calidad de durmiente en la línea del ferrocarril a Malabrigo”. (Espejo, 1989: 63).

Años más tarde, escribe Orrego: “A la mirada menos zahorí se hacía evidente que estos versos eran sólo una anunciación, el toque precursor de una claridad que ya se insinuaba en la lejanía. Pero, a la vez, se advertía, a primera vista, que el libro, en sí, era *una novedad*, intrínseca en el ambiente literario del país, que había surgido una *robusta vocación poética* que notificaba su inequívoca presencia”. (1995, III: 39).

Así, pues, mientras unos continuaban expresando, confiados, sus mejores augurios al talento del vate, otros, habían pedido su trituración.

CUARTO MOMENTO. 1922 es un año de algunas coincidencias. Antenor publica su primer libro “Notas marginales” donde reúne algunas páginas antes insertadas en los diarios trujillanos “La Reforma” y “La Libertad”, entre 1916 y 1921. Y al poco tiempo, César publica “Trilce”. El poeta se establece en Lima. Y el meditador tuvo que viajar también a la capital, desterrado de Trujillo, por ejercer desde los medios periodísticos, la defensa de las reivindicaciones de los trabajadores de los valles de Chicama y de Santa Catalina. Allí se reunían con intelectuales limeños y otros jóvenes procedentes de Trujillo, en una suerte de extensión de las tertulias del Grupo Norte. Vallejo ya tenía listo el manuscrito de “Trilce”, y en más de una ocasión le había pedido a Orrego escribir el prólogo.

Orrego, mentor o maestro informal de Vallejo en asuntos literarios, conocía más que nadie el proceso de formación del vate. Por eso, éste le dice en una carta: “Ninguna palabra más esclarecedora que

la tuya puede hacer la presentación del libro ante el público [...] sin tu magisterio fraternal, sin aliento de cada día, sin tu admirable y generosa comprensión, el libro, tal vez, nunca habría nacido. Tú sabes muy bien, que muchos de estos versos han surgido en esas conversaciones inolvidables que tuvimos tantas veces [...] ¿Quién, pues, mejor que tú, podría hacer la 'obertura' prologal?”. (1995.III, 50).

Esta nueva obra revelaba la madurez literaria de Vallejo. “Era ya –anota Orrego, que desde Trujillo conocía varios de estos versos– el poeta que yo esperaba desde aquella memorable entrevista de 1915 y cuyo *genio comenzó a apuntar en los 'Heraldos Negros'* [...] El estudiante tremulante, casi un adolescente, que me presentó sus primeros versos y que se ignoraba a sí mismo, se había convertido en un *poeta de excepcional, iluminada y poderosa conciencia estética*” (1995: III, 49).

Y así, en el prólogo, el amaute anuncia ante América y la posteridad el surgimiento de un poeta genial, cuya obra es estéticamente superior en la creación literaria del continente. Varias veces, desde el primer párrafo, Orrego utiliza en su texto la palabra *genial*. “Bien quisiera yo –anota al comenzar el prólogo– que estas palabras mías al frente del *gran libro de César Vallejo, que marca una superación estética en la gesta literaria de América*, fueran nada más que lírico grito de amor, tenue vibración del torbellino musical que ha suscitado siempre en mí la vida y la obra de este *hermano genial*”. Y en otras partes encontramos las expresiones de “*puerilidad genial*” y “*genial intuición*”.

Asimismo es recurrente, desde sus primeras hasta sus últimas líneas, su afirmación de que se trata de una obra que, por sus quilates, alcanza el cenit literario del continente y se proyecta al infinito. El anuncio del genio vallejiano va a los cuatro puntos cardinales y a todos los tiempos. De allí las palabras de cierre del prólogo: “Que *América y la posteridad* tengan en cuenta las ciliciadas longas cordiales que vale este libro”. (1995: III, 173).

El libro de un genio es, obviamente, un gran libro. Y este es un libro pletórico de cordialidad y humanismo, escrito con un lenguaje personal, con la espontaneidad de un niño; por eso los vocablos del prologuista para resaltar la originalidad y la

potencia creadora del poeta: “prodigiosa virginidad”, “sencillez prístina”, “pueril y edénica simplicidad del verbo”. Con su arte, Vallejo expresa al hombre de todos los tiempos, al hombre eterno; desde el espacio del Perú, el aeda alcanza su más elevado rol estético, llega a toda la humanidad y descubre los valores originarios de la vida.

Con su expresión, esto es con su estética, el hombre se relaciona con el mundo, se humaniza. El autor de “Trilce” particulariza el lenguaje, tiene un decir personal, pero piensa y siente universalmente. El hombre que expresa el poeta con su arte, sin dejar su identidad, no es un hombre particular –de Santiago de Chuco, Trujillo o Lima, no es sólo un peruano– sino el hombre universal, no es un hombre aislado, sino un hombre solidario.

Orrego sabiamente anotó que del estudio de esta obra “se encargará la crítica inteligente; si no hoy, mañana”. Ese *hoy* era el año 1922 y, por extensión, digamos, los inmediatamente siguientes. El *mañana* era el futuro. Por cierto, en ese entonces, en ese *hoy*, el libro fue incomprendido, cubierto por un silencio casi absoluto. En “El Comercio” aparece un artículo de Luis Varela y Orbegoso (Clovis), de crítica negativa. Y Luis Alberto Sánchez en la revista “Mundial” expresa su asombro y perplejidad frente a la rareza de esta obra.

Diversos poetas, académicos, intelectuales, expresaban opiniones contrarias, términos injuriosos y de burla frente al libro. Su autor quedó profundamente adolorido, pero jamás arrepentido. Asumió la plena responsabilidad de su estética, su obligación de hombre y artista de ser libre frente la versificación tradicional de la métrica y la rima.

En carta de agradecimiento, Vallejo le dijo a Orrego: “Las palabras magníficas de tu prólogo han sido las únicas palabras comprensivas, penetrantes y generosas que han acunado a “Trilce”. Con ellas basta y sobra por su calidad.”. Y añade que por la “resea yesca de la sensibilidad literaria de Lima”, allí: “No han comprendido nada [...] Sólo algunos escritores jóvenes aún desconocidos y muchos estudiantes universitarios se han estremecido con su mensaje [...] Por lo demás, el libro ha caído en el mayor vacío.” (1995: III, 52).

Transcurridos muchos años, la *crítica inteligente*, aludida por Orrego, hizo la esperada labor iniciada por el prologuista. El poeta ya estaba en Europa. Valga un par de ejemplos. En los “Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana”, José Carlos Mariátegui, escribirá en 1928, apoyado en varias citas de Orrego: “El gran poeta de ‘Los Heraldos Negros’ y de ‘Trilce’ –ese gran poeta que ha pasado ignorado y desconocido por las calles de Lima tan propicias y rendidas a los laureles de los juglares de feria– se presenta, en su arte, como un precursor del nuevo espíritu, de la nueva conciencia”. (Mariátegui, 1959: 274). Y Estuardo Núñez, en su “Panorama actual de la poesía peruana”, aparecido en 1938, año de la muerte del poeta, dirá: “Vallejo publica *Trilce*, libro distinto de *Los heraldos negros*, disímil en la forma y en la inspiración, libro de vanguardia, pero libro de poesía auténtica y perdurable”. (Espejo, 1989:139).

Y ahora, las apologías son abrumadoras. *En todas partes se admira a Vallejo, es calificado de genio y se le llama poeta universal*, como lo pronosticara Orrego tempranamente. Tenemos vallejianos por doquier.

Algunos editores –que se proclaman vallejianos– omiten, injustificadamente, las incólumes palabras augurales sobre “Trilce”, hecho burdo con el cual mutilan este libro porque el cuerpo poético y el prólogo conforman un todo, cuya división afecta la cabal comprensión del mensaje premonitoriamente anunciado por Orrego.

El filósofo, hasta después de muerto Vallejo, mantuvo firme sus convicciones estéticas acerca del poeta. Así lo revelan su libro (1955) sobre el encuentro de ambos, su participación en el Simposio de Córdoba, realizado en Argentina (1959) sobre la obra vallejana, y otros hechos.

2. ANTIGÜEDAD DE LAS CULTURAS AMERICANAS

Orrego fue filósofo, crítico literario, maestro, periodista, no arqueólogo; sin embargo, en “Pueblo-Continente”, obra escrita por los años de clandestinidad entre 1935 y 1937, publicada en 1939, argumentando sobre la identidad e integridad de América Latina, presenta afirmaciones ahora confirmadas

por la ciencia arqueológica. Por aquellos años, los alcances científicos sobre esta materia eran diferentes a los de ahora. A las culturas del Perú y de América se les fechaba una antigüedad menor a la reconocida actualmente.

En sus adelantadas expresiones, al referirse a incas y aztecas escribe: “Lo que queda hoy para la admiración maravillada de la ciencia arqueológica fue creado probablemente muchos siglos atrás por civilizaciones anteriores, de las cuales eran mero reflejo, debilitado, amortiguado y decadente, los imperios que sojuzgaron los europeos”. (1995, I: 135). Insistiendo en el punto dice que los europeos ocasionaron en América una catástrofe, una tragedia, un hundimiento o desgarrón de una raza vigorosa que había alcanzado un estadio resplandeciente de civilización, e insertaron un alma extraña que se deformó en contacto con las fuerzas geobiológicas del continente, desde entonces abierto a todos los pueblos de la tierra y acontecer del mundo,

pendiente de la vida europea. Por eso anota: “Caso en que una prehistoria es superior, es más que la historia, porque lo que conocemos del Imperio Incaico era ya, desde hacía mucho tiempo una decadencia, y porque Europa, que en el sentido vital de la palabra, no ha creado todavía nada en América, no ha hecho sino repetirse mal, y repetirse destruyendo lo que había de vivo, orgánico y fuerte en esta parte del mundo”. (1995, I: 148).

Por largos años, la cultura inca era el principal foco de atención de lo antiguo en el Perú, el aporte de las culturas predecesoras no era valorado aún como en nuestros días. Y hoy sabemos que múltiples manifestaciones culturales preincas superan en calidad a diversos aportes del Tahuantinsuyo. En su conjunto, muchas creaciones del Perú antiguo aventajan a otras de culturas de épocas llamadas históricas.

Al referirse a la colisión formidable de la cultura europea con las culturas autóctonas de nuestro continente, compara a éstas con otras culturas del mundo



Vía de ingreso a Montán desde Lajas, Chota. (Foto, 3 de junio, 2011).

y alcanza conceptos que parecieran haber sido escritos recientemente, lo cual nos deja pasmados:

“Este choque significó una trágica desgarradura en los senos de América, pero, no, en unos senos vírgenes, como acostumbra decirse, sino en unos senos que encerraban toda la riqueza ingente de un pasado milenar. Nada más contrario que la idea de virginidad aplicada a las culturas americanas, muchas de las cuales se encontraban, en varios aspectos, en un estadio superior de civilización a los pueblos europeos. Para encontrar paridad cronológica habría que recurrir a la remota cultura de los egipcios o las viejas culturas del Oriente, como lo están probando los recientes estudios arqueológicos. Los sacerdotes del Tahuantinsuyo y el Imperio de Moctezuma, podían parodiar lo que dijo de los griegos a Herodoto el Gran Sacerdote egipcio, al ser interrogado acerca de la cronología de su pueblo: “*Vosotros los europeos sois unos niños*”. La matriz de América era, pues, una matriz llena de experiencia. De ella había surgido un majestuoso pasado, pleno de fascinación, que aún hoy comienza apenas a sospecharse”. (1995, I: 138).

Por cierto, los últimos estudios alcanzan los siguientes datos cronológicos sobre las culturas más antiguas del mundo: cultura mesopotámica, 5,700 a.C.; cultura egipcia, 5,300 a.C.; cultura peruana, representada por las ciudades de Caral y Áspero, 5,000 a.C.; cultura india, 4,600 a.C.; cultura china, 3,900 a.C.; cultura mesoamericana (olmeca), 3,200 a.C., y cultura europea (Creta), 3,000 a.C. Y nadie imagina lo que se encontrará en adelante, en relación con la cantidad de años transcurridos y las creaciones culturales de los antiguos peruanos.

La cultura en el Perú arroja, pues, una data anterior a la mesoamericana, a la cual Max Uhle (1856-1944) le señalaba la mayor antigüedad del continente. Por consiguiente, la teoría de este personaje sobre el origen de la cultura antigua de nuestro país, por largos años repetida en las escuelas, ha quedado obsoleta.

Orrego propone reescribir nuestra historia y crear nuestra cultura, no copiar acrítica y simiescamente los aportes de otros pueblos, tampoco ignorarlos, sino asimilarlos en función de nuestra especificidad. Esta es una idea recurrente desde su juventud hasta el fin de sus días.

3. INVASIÓN EUROPEA, CULTURA ANDINA Y CRUCE DE TODAS LAS SANGRES

La polifacética obra orreguiana es un rico semillero de numerosas categorías conceptuales en actual uso por las ciencias sociales. En sus páginas encontramos, en forma expresa, unas veces, o claramente insinuadas, otras veces, palabras e ideas que se han abierto campo durante los últimos decenios: choque de culturas o desgarrón histórico, invasión y conquista europeas de los siglos XV y XVI; asimismo, catástrofe y hundimiento del indio americano, cultura andina, país de todas las sangres, entre otras expresiones.

Por su novela editada en Buenos Aires el año de 1964, a José María Arguedas se le atribuye haber caracterizado al Perú como el país de “todas las sangres”. Nuestro Premio Nobel de Literatura 2010, Mario Vargas Llosa, en su muy difundido discurso pronunciado al recibir tan elevada distinción en la Academia Sueca, dijo: “Un compatriota mío, José María Arguedas, llamó al Perú el país de 'todas las sangres'. No creo que haya fórmula que lo defina mejor. Eso somos y eso llevamos dentro todos los peruanos, nos guste o no: una suma de tradiciones, razas, creencias y culturas procedentes de los cuatro puntos cardinales” (Vargas Llosa, 2010: 287). Efectivamente, así es nuestro país. Pero aquí se comete una tremenda omisión, se margina a Orrego cuyos textos presentan no sólo al Perú, sino a América Latina, como el espacio del planeta donde se han abrazado y fundido todas las razas y culturas. Y esto lo sostuvo mucho tiempo antes que saliera a luz, la novela titulada “Todas las sangres”. Vargas Llosa, novelista, le atribuye el mérito a otro novelista, Arguedas, olvidando y excluyendo a Orrego que antes ya había acuñado esa frase.

“Pueblo-Continente” es uno de los libros en que Orrego estudia el fenómeno del bio-metabolismo psíquico o conformación racial de América, a la que define como “síntesis de razas y culturas”. La edición príncipe de esta obra fue hecha en 1939, después de varios años de ser escrita. Asimismo, el asunto es tratado en su obra “Hacia un humanismo americano”. En sus textos es frecuente encontrar alusio-

nes a “mestizaje”, “confluencia universal”, “todas las razas”, “todos los pueblos de la tierra”, “orbes antagónicos”, “progenies discordantes y distintas” y otros conceptos equivalentes. Y expresamente utiliza la formulación de “todas las sangres”. Que no se trata únicamente de palabras, sino de un estudio expuesto con solidez, a partir de la irrefutable constatación de la realidad peruana y continental respecto a su conformación orgánica y cultural. No se trata de un titular de libro o de capítulo, o de un hecho secundario o aislado en el pensamiento orreguiano. Se trata de un elemento ontológico, sustancial, en el desarrollo del humanismo peruano y americanista de nuestro pensador. Es una constante de su producción intelectual.

Para demostrar nuestras afirmaciones, baste citar como muestra, unos fragmentos en los cuales aparece no sólo la frase “todas las sangres” y otras similares, sino, y esto importa más, el sentido que le imprime su autor. En un ensayo publicado en la revista “La Nueva Democracia”, de New York, en junio de 1937, inserto en un capítulo de su libro “Pueblo-Continente”, Orrego escribe, al ocuparse de “América, tercera dimensión de la cultura occidental”: “América ha sido el lugar de cita de *todas las sangres*. Los innumerables vertederos de las razas han venido a juntarse en esta fuente caótica, en esta cuenca ecuménica del planeta. La fusión se ha realizado o está realizándose en partes en los Estados Unidos y, de una manera completa y absoluta, en los países de la América Latina”. (1995, I: 179).

Para el amauta Antenor Orrego, el indio peruano ha sido el más grande agricultor del mundo, y ha entregado una inmensa variedad de productos alimenticios de origen terrestre. Observa que en toda Latinoamérica ocurre algo similar. Y que a esta parte del globo llegaron para juntarse todas las progenies. Demos pase a sus palabras escritas al estudiar el “Tetragrama racial de América” y específicamente el punto de “Terrenidad, hemofilia y muchedumbre”:

“No es una casualidad que el antiguo indio peruano haya vivido, en cierta manera, bajo el signo de la *Pacha-Mama*, la Madre-Tierra, toda nutridora y paridora de todo [...] Y el signo de la *Pacha-Mama* es, también, el signo del destino latinoamericano. Aquí

el abrazo de *todas las razas* ha sido más apretado, más estremecido y más estrecho que en ninguna parte del planeta; aquí han venido *todas las sangres* a hundirse y abrirse en el limo fecundante de la tierra; a entremezclarse para curar la hemofilia del mundo y, aquí será, también donde la multitud, con poderosa fuerza de su gravitación, revierta la jerarquía hacia sus funciones conductoras y directoras; aquí volverá el árbol humano a nutrirse desde sus raíces hacia la copa, desde el nadir hasta el cenit”. (1995, I: 220).

Con América, según nuestro pensador, surge una nueva expectativa para el planeta. Todas las esperanzas e interrogaciones del hombre, convergen hacia estas tierras que abren sus entrañas al mundo, y el nuevo continente comienza a vivir en la historia bajo el signo de la “confluencia universal”. Dice textualmente: “*Todos los pueblos y todas las razas* se apresuraron a encontrarse en esta cita cósmica que los iba a fundir un solo pueblo, presurosos de llegar a tiempo, como si corriesen el albur de no encontrar sitio en su retraso”. Y agrega que por un impulso vital, se produce la reunión de “*todos los hilos dispersos de todas las razas*, para luego, proyectarlo en conjunto, ligados ya y soldados los pueblos en sus ajuste preciso, hacia la tarea del futuro”. (1995, I: 226).

Como se ve, en la concepción orreguiana, el cruce de todas las sangres, no se queda en la conformación biológica y en la creación cultural, sino que avanza y llega a la integración de los países de América Latina, cuyo trasfondo conceptual es, precisamente, su teoría del pueblo-continente.

Entre la publicación de las reflexiones de Orrego del año de 1937 y los relatos de Arguedas de 1964, median 27 largos años. Sin embargo, al novelista se le suelen anotar los méritos al respecto y excluir los del ensayista, como sucede en muchos otros casos de sus extraordinarios y vigentes aportes. Tampoco se busca quitarle a uno lo que merece para dárselo al otro. No. Simplemente, se trata de reconocerle a cada cual, lo suyo, según su campo y su tiempo.

Por cierto, allí están los libros y artículos de Orrego como testimonio de sus muy adelantados estudios sobre estos temas usados y generalizados por

doquier, en forma tal que hoy parecen algo común y corriente. “Cultura andina” es un concepto polisémico, cuyos antecedentes, referidos a la cultura que se formó antes de la llegada de los europeos en el área atravesada por la cordillera de ese nombre, se remonta al tiempo de auge del indigenismo, como denominación aparece en diversos autores, uno de ellos, Orrego, en forma expresa. Así consta, por ejemplo, en varios pasajes de “Hacia un humanismo americano”, cuando se ocupa de su “teoría de los gérmenes históricos”, en una de cuyas páginas se lee: “Rotas las estructuras morfológicas de las *antiguas culturas: mexicana y andina* a consecuencia del impacto, irrumpe, por la fuerza, a la superficie del Continente, la estructura morfológica de la *cultura invasora*.” (1995, I: 182). Y expresamente también él aplica el concepto de invasión al proceso de penetración de los europeos en nuestro continente, como sucede en el libro antes citado, al elaborar su “Teoría del 'espectro' o de la constelación horizontal antropológica”; allí utiliza frases como esta: “irrupción violenta de la Conquista o de la *invasión europea*”. (1995, II: 36).

4. TEORÍA DEL PUEBLO-CONTINENTE: INTEGRACIONISMO LATINOAMERICANO

El nombre de Antenor Orrego ocupa un lugar encumbrado en lo atinente al integracionismo y a la interdependencia de países del mundo contemporáneo. Nuestro pensador es el primer peruano en introducir la palabra *integración* en la semántica de las relaciones internacionales de nuestro tiempo. En América Latina sólo le antecede José Vasconcelos (1881-1959) que el año de 1916, cuando visitó el Perú, en conferencia sustentada en la Universidad de San Marcos, habló de “la integración de las nuevas unidades étnicas” en alusión a los países de nuestra América, cuyo corazón colectivo, rebasando la noción de patria pequeña, debía tender a federarse en un organismo inmenso en procura del progreso en conjunto. (Vasconcelos, 1987: 38). En los años finales de la década de los 50 del siglo XX, la Comisión Económica para América Latina comienza a difundir esta palabra.

Orrego ya usa en “Pueblo-Continente” (1939) el término *integración* en el sentido orgánico o racial, primero, y de allí lo eleva al campo social y cultural, así como al político y económico.

Allí, con clarividencia, en un capítulo titulado “*La ruta de la integración*”, nuestro personaje dice que en América Latina se ha iniciado un proceso de integración, a partir de la descomposición de las razas y continuará hasta la recomposición de sus fuerzas en un todo unitario, en una integración, que producirá el nuevo tipo de hombre de América. Expresa textualmente: “Este proceso de *desintegración* y descomposición está en América, finalizando. Se encuentra en sus últimos estadios, y ha comenzado, también, el proceso correlativo de *integración*, de recomposición, de síntesis”. (1995, I: 139).

En el pensamiento de Orrego, el hombre individual se produce discontinuidad orgánica al morir y descomponerse, es decir, cuando se *desintegra*, lo cual no se da en los pueblos y razas. Ni en la naturaleza ni en la historia ocurren la muerte y *desintegración absoluta*; termina un ciclo pero sus formas de expresión encuentran un legatario y continuador en el provenir. En América, muere y se descompone el indio y el europeo para que aparezca una nueva estructuración orgánica y espiritual, el hombre americano.

Y este hombre, síntesis de todas las razas y culturas, es el que debe elaborar un mensaje cultural nuevo de honda orientación humanista y ecuménica. América será como la *partera cósmica* de una cultura integral y de proyección universal.

Los pueblos de todo el globo, arrastrados por fuerzas biológicas superiores, en obediencia a sus hondos designios de continuidad vital, se dieron cita en América, buscaron confluir en esta tierra *para superarse e integrarse recíprocamente*. Largo tiempo ha transcurrido desde que se inició esta *caldera cósmica* que está originando una nueva realidad humana en el mundo. Leamos sus palabras:

“Desde hace cuatro siglos *todas las razas* están derritiéndose en la hoguera de América. Para ayer, necesaria fusión disgregativa; proceso de *integramiento* y de reconstitución, para mañana. El ojo miope y retrasado no ve sino el caos, la heterogeneidad momentánea y epidérmica, de la cual casi no puede

hablarse sino en pretérito, puesto que ha comenzado el proceso de *integración*. El indio, el blanco, el asiático, el negro, todos han traído su aporte y se han podrido o están acabando de podrirse en esta inmensa axila cósmica, para libertar sus respectivas superioridades integrantes que harán el hombre americano, cumplido ya para el porvenir de la humanidad”. (199, I: 149).

Pero esta integración no será solamente orgánica, sino con múltiples manifestaciones, también será integración social, cultural, educativa, política y económica. Entonces, América Latina marcha hacia esa integración, por impulso dialéctico de diversos factores. Orrego anota:

“La contextura de nuestros pueblos, el sentido interno y profundo de la vida continental, el carácter unitario y ecuménico de nuestra alma colectiva, la compulsión dialéctica de nuestra estructura histórica, nuestros grandes intereses políticos y económicos nos llaman a la solidaridad, a la mancomunidad y a la unión. Pero, no a una solidaridad romántica y discursiva [...] sino a la constitución de un *vasto organismo concreto y tangible, de un organismo que rija, en carne de realidad política, económica y cultural, nuestros destinos superiores*”. (1995, I: 166 y 167).

Y en esa ruta nos encontramos. Allí están los grandes organismos unitarios, concretos y tangibles, como los profetizados por Orrego: Asociación Latinoamericana de Integración, Comunidad Andina, Mercado Común del Sur, Sistema Económico Centroamericano, Parlamento Latinoamericano, Parlamento Andino, Convenio Andrés Bello, Unión de Naciones Suramericanas y otros entes integracionistas, todos de accionar lento aún, lamentablemente.

En lo tocante a Europa, analiza la beligerancia vivida por la tensión entre las fuerzas desgarradoras del pasado y las fuerzas dinámicas del porvenir, entre el patriotismo parroquial o nacionalista y el patriotismo unionista o *paneuropeo*. En “Hacia un humanismo americano”, libro escrito por los años 50, Orrego frente a la realidad de posguerra y en cierta forma oteando la tendencia integracionista de ese continente, formula la siguiente pregunta:

“¿Serán capaces los pueblos europeos de abandonar la anárquica atomización política, jurídica y económica que los divide y responder al dramático y

clamante llamado de la historia contemporánea, constituyéndose en el *Estado-Continente de la Unión Europea*? ¿O, acaso aguarda a Europa la misma suerte que a Italia en el siglo XIV, la cual por haberse rezagado en los estados-ciudad del Renacimiento tuvo que pagar bien caro esta carencia de sensibilidad histórica durante el largo lapso de 600 años que la mantuvo a la zaga de las grandes potencias europeas no obstante el pensamiento orientador y las palabras admonitivas de Machiavello?”. (1995, II: 156).

Después de la tragedia de la segunda guerra mundial, los nacionalismos agresivos y disgregantes han sido superados. Y los pueblos europeos han sido capaces de abandonar su dispersión y constituir—hasta ahora 27 de ellos—ese bloque llamado, justamente, *Unión Europea*, nombre usado por Orrego. Ahora no sólo quedan atrás las ciudades-estado surgidas en siglos anteriores, sino que con la Unión Europea, los países de este continente son capaces de acabar con su atomización e iniciar su integración en un súper Estado, un Estado-Continente.

Cuando Europa desplegaba grandes esfuerzos por su integración (1958), el escritor *André Malraux*, Ministro de Informaciones de Francia, durante el gobierno de Charles De Gaulle, sostuvo que: “Una nueva era se ha abierto en el mundo con el nacimiento de los Estados-Continetales”. (1995, IV: 188). Nada más ni nada menos, la idea orreguiana expuesta desde muchas décadas anteriores.

No sólo en “Pueblo-Continente” y en “Hacia un humanismo americano”, sino en diversos artículos periodísticos, siguió el proceso unionista de Europa. Y pensó que esa parte del mundo alcanzará antes que América Latina la categoría de estado-continente, sin ser un pueblo-continente. Sin embargo, los latinoamericanos somos un pueblo-continente, desarticulado políticamente, llamado a convertirse en estado-continente.

El pensamiento de Orrego, en lo atinente a las relaciones internacionales, sobre todo cuando se trata de la tendencia de formar grandes bloques de países, lo encontramos en notables políticos, estadistas y escritores del mundo contemporáneo, aunque no siempre citen al autor de la teoría de los pueblos-continente. Tal el caso de Felipe Herrera cuan-



Una institución educativa da la bienvenida a Montán, tierra de Orrego. (Foto, 3 de junio, 2011).

do escribe: “Estados Unidos, Rusia o China son prácticamente *pueblos-continente*, es decir el producto de la integración de vastas zonas geográficas en las que, sobre todo en los casos de Rusia y China, se aglutinan y engloban, como también en la India, varias y hasta muy diferentes naciones. O sea, el antecedente inmediato de esta etapa de nacionalismo regional cuyas manifestaciones son materia de nuestra diaria experiencia”. Y amplía las muestras de pueblos-continente al caso de los árabes, países africanos e indostánicos así como a Indonesia. Y estas realidades le permiten demostrar enfáticamente la “Vigencia de los pueblos-continente”, como denomina uno de los apartados de su libro “Nacionalismo latinoamericano”, título, a su vez, de clara evocación orreguiana, por las mismas palabras e ideas. (Herrera, 1967: 22 y 23).

Porque la realidad de nuestro tiempo lo demuestra, en verdad, la teoría orreguiana del integracionismo de los pueblos-continente se cumple no sólo

en América Latina, sino por extensión de su aplicabilidad en otros espacios del planeta.

No obstante su continentalismo o posición latinoamericanista, él no agota su interpretación de las relaciones internacionales con la integración de esta porción del mundo: avanza al universalismo. Ciertamente, piensa que el mundo marcha hacia su unificación, por ende, le asigna a Indoamérica responsabilidad mundial de pensar, obrar y sentir en esa dirección. En efecto, percibió que los sucesos importantes de cualquier parte del planeta repercutían inmediatamente en la conciencia de los seres humanos de toda la tierra. Al respecto escribió:

“Cada país vive en función del globo entero científica, artística, económica y políticamente [...] En rigor del término, no hay ya acontecimientos locales sino acontecimientos de una extensa proyección universal. Cada hombre de hoy, cualquiera que sea su raza o su país, va siendo moldeado, en cierto modo, por el planeta entero”. (1995, I: 177).

Estamos seguros que no aceptaría plenamente el fenómeno actual de la globalización económico-financiera, rechazaría el lado injusto y hegemónico, incompatible con su pensamiento. Pero sí pensó en el proceso de acercamiento y unificación del mundo, en términos positivos para toda la humanidad, no en el provecho de los menos y en perjuicio de los más, sino en el camino de la justicia social. Vio al mundo en marcha hacia un todo más universal que en otras épocas; al hombre, también como un todo que vive en aquél *todo* conectado a múltiples y nuevas incitaciones, a las que está obligado a responder plenamente con su ser: inteligencia, corazón, voluntad, su vida entera. En verdad el aislamiento es anacrónico y anatópico, por ende, ya no se lo comprende ni siente ahora.

Sostiene que a América y, especialmente, América Latina, por haber recibido todas las sangres del planeta, se la puede llamar *Continente-Multitud* donde ha surgido un gran pueblo con nuevas y superadas posibilidades de expresiones espirituales. Y aquí la *Multitud* se ha hecho *Pueblo*, un *Pan-Pueblo*, un *Pan-Mundo*, un *Pan-Universo*. Por cierto, esto sucede ahora, en todo el planeta. Por el avance científico y tecnológico, que repercute en las comunicaciones, el mundo de hoy se empequeñece, se integra, y según la frase Marshall Mac Luhan acuñada en 1971, es una “aldea global”, ya no es ancho, pero, lamentablemente, por la injusticia aún existente, sigue siendo ajeno. Tal vez, evocando a los antiguos estoicos, Orrego vio al mundo unificándose como si fuera una sola y enorme ciudad. Todo esto cuando no se creaban aún los organismos supranacionales –políticos y económicos– como la Organización de las Naciones Unidas y el Banco Mundial.

Ojalá, pasados unos años no se diga: “Nuestras indigentes pupilas hechas sólo para las pequeñas perspectivas no son capaces de abrazar las perspectivas universales y así marchamos a tientas en medio del milagro armonioso del universo”. (Orrego, 1995, I: 54).

5. ACERCA DE LA INTELIGENCIA

En 1929 aparece “El monólogo eterno”, con textos anteriormente publicados en medios periodísticos. Según este libro, el hombre vale por sus

más fuertes impulsos, por sus más fuertes pasiones, desde luego, por las pasiones que ennoblecen, no por las cargadas de negatividad. En su reflexión, Orrego afirma que en los seres humanos, incluso en la médula de las más grandes santidades, hay una pasión o varias pasiones desordenadas cuya superación, al lograr el ennoblecimiento de nuestros actos, se hacen humildad virtuosa por amplificación y anchura de panorama. En esa obra anota:

“El problema de la educación no es suprimir las pasiones que son el impulso creador del hombre. El problema consiste en enseñar la superación de las pasiones hasta la máxima nobleza y en servirse de ellas como instrumento del espíritu. El concepto común sobre el aplastamiento o extirpación de las pasiones, es un sentimiento suicida que tiende a convertirnos en eunucos morales. El hombre vale por sus más fuertes impulsos, es decir, por sus más fuertes pasiones. Las más de las veces éstas se tornan negativas porque no se ennoblecen. He aquí el pecado”. (1995, I: 84).

Distingue, de un lado, las pasiones que conducen hacia los valores, y de otro lado, las que traicionan el destino del hombre tornándose en monstruosa negación de la calidad humana. Las primeras se ubican en la esfera educativa, las otras no. Por lo tanto, estuvo en contra de la idea generalizada sobre la erradicación de todas pasiones, lo cual conllevaría la castración moral del hombre.

En 1983, Howard Gardner publicó su teoría de las *inteligencias múltiples*, dentro de las cuales distingue las inteligencias personales, referidas al conocimiento del yo y de los otros. Para este autor, la inteligencia intrapersonal alude al acceso a la propia vida sentimental, a la gama propia de afectos o emociones, a la capacidad para descubrir, discriminar y simbolizar los sentimientos. Y la inteligencia interpersonal es entendida como la habilidad para notar y establecer distinciones, estados de ánimo, temperamentos, motivaciones, intenciones y deseos de otros individuos y, potencialmente, actuar con base este conocimiento. A partir de estos aportes, en 1995, David Goleman dio a conocer su teoría de la *inteligencia emocional*. Esta teoría ha sido calificada por diferentes pensadores como revolucionaria por haber sacudido diversos conceptos considerados

intocables por la psicología. Para Goleman, se ha sobredimensionado lo racional en la vida humana; sin embargo, cuando se trata de dar forma a nuestras decisiones y acciones, los sentimientos cuentan tanto como el pensamiento, y a veces más. En ella, existen ciertas coincidencias cercanas a Orrego, conforme se aprecia en la siguiente cita:

“En esencia, todas las emociones son impulsos para actuar, planes instantáneos para enfrentarnos a la vida que la evolución nos ha inculcado [...] En un sentido muy real tenemos dos mentes, una que piensa y otra que siente. Estas dos formas fundamentalmente diferentes de conocimiento interactúan para construir nuestra vida mental [...] cuanto más intenso es el sentimiento, más dominante se vuelve la mente emocional, y más ineficaz la racional [...] En muchos momentos, o en la mayoría de ellos, estas mentes están exquisitamente coordinadas; los sentimientos son esenciales para el pensamiento, y el pensamiento lo es para el sentimiento. Pero cuando aparecen las pasiones, la balanza se inclina: es la mente emocional la que domina y aplasta la mente racional [...] El nuevo paradigma nos obliga a armonizar cabeza y corazón” (Goleman, 1998: 24, 27, 28 y 49).

Pero la semejanza de Goleman con Orrego es mayor si consideramos los conceptos de las siguientes citas textuales de éste:

1. “Nuestro amor, nuestro instinto, nuestro corazón ambulante y caprichoso no puede eludir el conocimiento porque él sólo es capaz de expresarlo y, por ende, de relacionarlo con el mundo”. 1922. (1995, I: 60).
2. “Pienso que sólo quien comprende es el que con más veracidad ama, y sólo quien ama es el que más entrañablemente comprende. Hay, pues, una mayor o menor veracidad en el amor, tanto o más que en el conocimiento que extrae para sí el máximum de comprensión que necesita para su autor”. 1922. (1995, III: 165).
3. “Amor; es decir y hacer verdad. Es más leal quien es más veraz”. “Amor no quita conocimiento: añade conocimiento”. “Sólo porque amas, el mundo es más nuevo y más verdadero”. 1929 (1995, I: 87).

4. “No sólo se piensa con el cerebro, se piensa con todas las potencias físicas y espirituales del hombre. El pensamiento es un todo vivo, orgánico, eficiente y perfectamente estructurado”. 1929 (1995, I: 322).
5. “No bastan las ideas y teorías; es preciso que éstas vivan en los hombres y tomen cuerpo carnal en la tragedia, en la estructura emocional y vital de los pueblos”. 1939. (1995, I: 204).

De ellas fluye con claridad: 1) la recíproca influencia entre la esfera afectiva y la cognitiva, aquella es una vía para innovar el conocimiento y alcanzar la verdad científica; 2) el amor y el conocimiento, el corazón y el cerebro, se coordinan de modo ineluctable; 3) la noesis y el pensamiento implican un proceso holístico, incluye al organismo humano en su conjunto: sus partes u órganos, los sentidos y sus manifestaciones, las intuiciones, pasiones y voliciones; por tanto, allí está el cerebro y la cabeza, con los cuales se identifica el pensamiento; allí está el corazón con el cual se identifica el sentimiento; 4) un pensamiento o una ideología es el fundamento racional, el instrumento o la estrategia para transformar la realidad social, pero ha de responder a esa realidad y encarnarse en la estructura mental y emocional de un pueblo, en su vida total.

Además, al comparar el proceso cultural de Asia y Europa, encuentra que el propósito de los asiáticos fue: “*el dominio del mundo interno por el hombre, el dominio de sí mismo*”, y el de los europeos: “*el desarrollo de la inteligencia racional y el dominio del mundo externo*”. El concepto “inteligencia racional” al referirla al hombre de Europa, hace suponer, aunque no lo mencione expresamente, que la alusión “mundo interno” del hombre de Asia encierra otras clases de inteligencia, distintas a la “racional”, que estarían representadas por las frases “*fuerzas corporales y síquicas*” y “*organismo síquico hipersensible*” que utiliza para explicar el caso asiático. (1995, I: 160, 236). Pero América, es diferente a los otros continentes, debe conocerse a sí misma y crear su propio mensaje. Aquí estaríamos al frente de una extensión o elevación del dominio de los mundos interno y

externo del hombre, como también de sus inteligencias, dese el plano individual al plano colectivo.

De este modo, Orrego aporta elementos precursores considerados actualmente por las teorías de los autores antes nombrados, sobre todo, la de Goleman, cuyo anuncio de la existencia de dos mentes, racional y emocional, implica la armonización de cabeza y corazón, por ende, como dice Orrego, no sólo pensamos con el cerebro, sino con todas nuestras fuerzas materiales e inmateriales.

Ontológicamente, no cabe la eliminación de las pasiones, porque son parte de la esencia del hombre. Al contrario, cabe una educación de las pasiones o emociones, desde la cotidianidad del hogar hasta la formalidad de la escuela, a efecto de lograr el ennoblecimiento de los niños.

Gardner nació en 1941; Goleman en 1947. Cuando Orrego publicó los conceptos que nos ocupan, ninguno de ellos existía. Las primeras publicaciones de Orrego al respecto, están separadas de las de Gardner y de Goleman por un tiempo de 61 y 73 años, respectivamente. Entonces, nuestro personaje aparece como un antecedente o precursor de tan importantes teorías extendidas por todo el planeta.

6. EDUCACIÓN

De las teorías de Gardner y de Goleman, así como de las denominadas corrientes psicopedagógicas contemporáneas, en especial de la escuela humanista de Rogers y Maslow, se nutre lo que se está llamando ahora educación emocional, centrada en el conocimiento de uno mismo y el de los demás, vale decir, en el yo y los otros, el “aprender a ser” y el “aprender a convivir” en contextos diferentes al nuestro, tan pregonados últimamente. Todo ello, a partir de la autoestima y del desarrollo personal. Con sus precursores esbozos, Orrego está inmerso en estos y otros campos afines.

¿Qué es la educación? La respuesta de Orrego es muy escueta. Lamentablemente, su agitada vida no le dio el tiempo necesario para desarrollar su pensamiento. Escribe:

“Hombre sin pasiones es un ex-hombre, un ex-ser. La educación no es inculcar y modelar; la educación

es revelar, conducir y ennoblecer. El alma humana es demasiado sagrada para que nadie tenga la pretensión de modelarla a su capricho. Un poco más de reverencia ante ella hace falta. El alma de cada niño tiene demasiado porvenir para que el pasado pretenda formarla”. (1995, I: 84).

Ese pasado está representado por los adultos con los cuales interactúa el niño, especialmente, sus padres y profesores, ninguno de los cuales tiene autoridad para formar a su arbitrio a sus hijos o alumnos. Orrego defiende la dignidad plena del educando. Si el hombre es el fin supremo de la sociedad y del Estado, nadie puede arrogarse el derecho de manipular la conciencia de los niños, a menos de atentar contra la protección y defensa de la persona humana. Por ello pide mayor reverencia ante el educando, centro de atención del proceso de enseñanza-aprendizaje. La educación es vista como un derecho fundamental de la persona y de la sociedad.

Con tales ideas de “El monólogo eterno” (1929), Orrego se adelanta a las corrientes psicopedagógicas sustentadas por Lev Vygotsky (1896-1934), Jean Piaget (1896-1980), David Ausubel (1918-2008) y Jerome Bruner (1915-?). Igualmente, se anticipa al pensamiento de Carl Rogers (1902-1987) y Abraham Maslow (1908-1970) que dio origen a la llamada escuela humanista. Todos estos personajes, hoy en boga, impregnan el quehacer educativo.

Los planteamientos de Orrego se inscriben en una concepción humanista y liberadora. Piensa que el profesor no debe formar al alumno a su antojo, a su estilo, a su gusto personal, no debe imponer un contenido educativo, sino ayudarlo a revelar su personalidad, a descubrir sus potencialidades, orientarlo o conducirlo a construir su propio conocimiento, a ser protagonista del proceso cultural. Siente profundo respeto por el educando, centro y eje del proceso de aprendizaje. Postula una educación para perfeccionar al hombre en el sentido de humanizarlo, de manifestar o expresar sus cualidades como creador de cultura y elevar al máximo las energías vitales de su ser. Estas ideas están relacionadas con la idea de liberación. En efecto, el maestro Orrego sostiene que el conocimiento no es

adquisición en el sentido estricto de posesión o acumulación, “[...] porque el conocimiento es esencialmente libertad”. (1995, I: 86). Es decir, la riqueza cultural tiene carácter liberador, es un medio para romper las cadenas que nos ligan a formulaciones ajenas a nuestra realidad e impiden el desarrollo humano. Al conocimiento, entonces, lo descubrimos y revelamos y así queda al servicio del hombre, gracias a la educación como instrumento de la libertad.

Pero al mismo tiempo preconiza una educación para la transformación. Considera que la educación será eficaz sólo si se orienta hacia el cambio y el desarrollo. Y entiende como tal una educación para comprender el proceso evolutivo y el sentido de la época, captarlos con mente ágil y flexible, en todos sus ángulos: social, económico, político, científico, artístico, filosófico, y así lograr eficacia en el pensar y obrar. No siendo estáticas ni la naturaleza ni la sociedad, tampoco lo será la educación, de manera que la escuela habrá de preparar al cerebro del estudiante para reaccionar creativamente ante la cambiante problemática de su entorno inmediato y del mundo entero; consiguientemente, la educación será, como la vida misma, dinámica, siempre fluyente, un caminar constante, una revelación permanente y abierta a todas las posibilidades del espíritu, un proceso de creación y difusión de cultura, una vivencia cotidiana de valores.

Aunque sin desarrollarlas en un cuerpo orgánico, estas ideas de Orrego fueron escritas antes de la llegada a nuestras tierras de las corrientes del constructivismo pedagógico y de la escuela humanista, ampliamente difundidas en nuestro tiempo.

7. AUTOESTIMA Y DESARROLLO PERSONAL

Estos son conceptos difundidos en los últimos años. La autoestima es indesligable del desarrollo personal. En verdad, el significado de la ahora llamada autoestima viene de muy lejos. Lo encontramos en la filosofía de Confucio, la religión de Buda y, sobre todo, la de Jesús de Nazareth que encumbra al amor entre los hombres y lo ubica en el centro de su

doctrina. No otro es el sentido de uno de sus decálogos: “Ama al prójimo como a ti mismo”. Los griegos no fueron ajenos al tema; valga recordar la máxima “Conócete a ti mismo”, utilizada por Sócrates, tomada de una inscripción en el oráculo de Delfos.

Pero en el mundo contemporáneo, este constructo psicológico se remonta a William James (1842-1910), a fines del siglo XIX. En el siglo XX, la corriente conductista minimizó su importancia. Pero con la psicología fenomenológica y humanista alcanzó planos encumbrados. Carl Rogers y Abraham Maslow, ubicados dentro de la escuela humanista de la psicología, le asignaron lugar expectante. Ahora se considera un derecho inalienable de toda persona. Y es el punto inicial del desarrollo personal, cuyo mejoramiento requiere, precisamente, de una elevada autoestima. Hasta hace unas pocas décadas, no se usaba el término autoestima, pero sí estaba presente el significado. Se hablaba de autorrealización de la persona.

Son varias las acepciones de autoestima, como también sus grados e indicadores. Es un concepto que varía según el paradigma psicológico que lo aborde. Pero, el común denominador radica en que autoestima implica amarse a uno mismo y a los demás; sentirse valioso y digno; aceptarse y respetarse a sí mismo y enseñar a los demás a hacerlo. De igual manera, que vale la pena vivir, que somos capaces de hacer frente a los desafíos de la vida y sentirnos merecedores de la felicidad. Igualmente, es tener confianza en nuestra capacidad de aprender, de tomar decisiones adecuadas y afrontar la realidad de un mundo cambiante cada vez a mayor velocidad.

Orrego, en “El monólogo eterno” estampa estas palabras: “*Ámate a ti mismo, pero, ÁMATE*” (1995, I: 90), de indudable connotación psicológica y portadoras del concepto de autoestima. La palabra “ámate” final la escribe con letras mayúsculas, para enfatizar en su significado. Esto data de 1929, cuando aún no se utilizaba la palabra autoestima, y sus principales teóricos, Rogers y Maslow, no habían publicado todavía sus obras sobre el asunto; el primero lo hizo a partir de 1942 y el segundo de 1954.

Pero este aforismo orreguiano no es el único en el cual está presente el concepto de autoestima. Entonces, es pertinente ampliar la muestra para ratificar lo expuesto.

En “Notas marginales” (1922), cuando las edades de Maslow y Rogers apenas corrían entre la adolescencia y juventud, 14 y 20 años, respectivamente, el maestro Orrego escribía: “*Nuestra empresa es vivir y mejorar nuestro vivir, es decir, ser felices*”. “Pienso y quiero que la sabiduría sea para mi vida y no mi vida para la sabiduría”. (1995, I: 37).

Y bajo el sugerente encabezado “*Perseverancia en sí mismo*”, dice en el mismo libro:

–Oye, mono, ¿por qué no tienes el valor de tu ser, y siempre estás imitando las gesticulaciones de tus hermanos?

–Oye, literato, ¿por qué te empeñas en no ser como todos tus hermanos?

–¡Valor, valor para que puedas arribar a la plenitud de tu hombría!

–Hombre, ni mono ni literato, que tu 'presencia' sea como la rosa, como el agua, como la luz y que puedas decir sencillamente, sin cobardía y sin vanagloria: *Soy*”. (1995, I: 37 y 70).

Estas palabras transmiten claramente los conceptos de autoestima y desarrollo personal sin los cuales es imposible buscar el perfeccionamiento humano y la felicidad. Allí está el hombre en su autenticidad, tal como es, sin aparentar lo que no es, sino revelando su existencia como la espontaneidad del medio natural, con su “yo” inconfundible, independientemente de su ocupación, el hom-



Lugar donde se ubicaba la casa natal de Antenor Orrego, en Montán. Ahora allí se levanta la vivienda de otra familia. (Foto, 3 de junio, 2011).

bre según la aspiración de Heráclito expresada con su exclamación: “¡Llega a ser lo eres!”. Y allí está el hombre al servicio del hombre, porque el hombre en sí mismo es el fin supremo de la sociedad y del Estado, postulado que se infiere de expresiones de Orrego en su condena al totalitarismo por convertir al hombre en una simple rueda de su inmensa maquinaria, “como si los humanos fines de la sociedad –dice– estuvieran contrapuestos a los del individuo; como si el racional y supremo fin de una entidad política no fuera la exaltación del hombre a su máxima plenitud espiritual, única razón de su origen y de su existencia” (1995, I: 47). La autoestima en el pensamiento orreguiano está unida a la vida en una sociedad libre y justa, a un Estado al servicio del hombre y no al revés como en las tiranías.

Y en “El monólogo eterno”, también se lee: “*Acércate a las cosas y a las almas con amor. Así descubrirás el espíritu eterno que mora en ellas; así te las apropiará y expresarás su alta, su inédita categoría armoniosa. “Sólo amando te proyectarás a otro ser, y proyectándote le conocerás”.* “La virtud temerosa es la moral de los publicanos y de los negociantes que esperan una recompensa por sus buenas obras. *Tú llega a la virtud por el camino del amor que todo lo reviste de belleza, de dulzura y gracia*”. (1995, I: 81 y 90).

La axiología de estas máximas está emparentada con la primera que hemos citado (“Ámate a ti mismo, pero, AMÁTE”) y llevan la huella indeleble del mensaje cristiano, y además enlaza el conocimiento con la afectividad.

Las frases de Orrego portadoras del concepto de autoestima –pero no del vocablo– se registran desde su libro de 1922 cuando no se utilizaba dicha palabra aún, y sus principales teóricos –Rogers y Maslow– se encontraban en proceso de formación y no habían publicado todavía sus obras sobre el asunto, el primero lo hace a partir de 1942 y el segundo de 1954.

También, en Orrego se encuentran algunas bases teóricas de las actuales técnicas para mejorar la autoestima.

En efecto, Orrego aspiró una sociedad donde el

hombre viva en una nueva dimensión ética y se logre reemplazar la rigidez por la flexibilidad de ciertas normas morales. Postula la “Instauración de una moral amplia, en función de la vida contemporánea, que haga de la conducta una actividad móvil, libre, fluyente y espontánea, y no un código de inhibiciones en el que la prohibición desempeña el principal rol de la existencia ética. En suma, una moral positiva del 'obrar' y del 'hacer', reemplazando a las morales negativas del 'no hacer' y de la represión” (1995, I: 178). Aboga, pues, por la superación de reglas de conducta presentadas en términos negativos, obstruccionistas del desarrollo personal, por otras de carácter afirmativo. Allí está el sustento de las modernas técnicas para mejorar la autoestima, buscadas dentro de uno mismo: convertir los mensajes negativos en afirmativos; sustituir el tan frecuente “no” por el “sí”, el “¡no hagas!” por el “haz”. Dejar el trato prohibitivo y del miedo, expresado mediante gritos: “¡No hagas eso!”, “Baja de allí, te vas a caer”, “¡No toques mis cosas!”, por un comportamiento marcado por la afirmación, la serenidad y el valor.

Muchas frases, sobre todo dirigidas a los niños, crean actitudes de vida negativas, generan temor y pesimismo. Así, en los pequeños se pueden provocar sentimientos subconscientes de culpabilidad, en vez de estimularlos en forma positiva para que asuman las responsabilidades de sus actos.

Años más tarde, en 1944, el psiquiatra francés Louis Corman, publicará su libro “La educación en la confianza” en el cual enfoca este problema y alcanza conceptos similares a los tratados en este punto.

Algo más. En el aporte orreguiano, hay junto a la autoestima individual una autoestima colectiva. En tal sentido, sostiene que para penetrar al secreto de su intimidad, no copiar la intimidad de otros, los pueblos como los hombres individualmente, tienen que recorrer una larga experiencia, descubrirse y conocerse a sí mismos, llegar a ser ellos mismos, hecho ontológicamente consustancial a su propia existencia. Orrego utiliza la frase griega *conócete a ti mismo* para significar este proceso por el cual hombres y pueblos arriban a la comprensión del secreto

de su intimidad. Cuando se logre esto, en el continente ocurrirá lo que él denomina *americanización de América*, el hecho de conocerse a sí misma, discernirse a sí misma, llegar al fondo de su ser y, desde allí, expresar el mensaje de su propia alma.

CONCLUSIONES

Orrego nace en el siglo XIX, dice su palabra y hace su acción en el XX, pero sus realizaciones, en ideas y hechos tangibles, son no sólo de ese tiempo, sino del siglo XXI y, posiblemente, de los siglos venideros.

Parafraseando unas palabras suyas de “Mi encuentro con César Vallejo”, cabe expresar que Antenor Orrego está físicamente muerto, pero intelectualmente es uno de los pocos peruanos que sigue hablando más vivo que su propia vida.

Y parafraseando unos versos de Vallejo de la “Epístola a los transeúntes”, de “Poemas humanos”, es pertinente decir que Orrego murió de vida, no de tiempo. Terminó su biología, no su espíritu. Ha tramontado su época, ha tramontado su espacio y tiene ganada vigencia en la historia. Sus profecías de ayer son realidades de hoy.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barriga Hernández, Carlos. 1997. *Teorías contemporáneas de la educación*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Corman, Louis. 1973. *La educación en la confianza*. 1ª ed.-4ª reimpresión. Madrid, Aguilar.
- Espejo Asturrizaga, Juan. 1989. *César Vallejo. Itinerario del hombre 1892-1923*. 2ª ed. Lima, SECLUSA, Editores.
- Gardner, Howard. 1999. *Estructuras de la mente. La teoría de las inteligencias múltiples*. 3ª reimpresión. Bogotá, Fondo de Cultura Económica.
- Goleman, Daniel. 1998. *La inteligencia emocional*. Buenos Aires, Javier Vergara Editor.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl y Sánchez, Luis Alberto. *Correspondencia 1924-1976*. Lima, Mosca Azul Editores, tomo II.
- Herrera, Felipe. 1967. *Nacionalismo latinoamericano*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- Mariátegui, José Carlos. 1959. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. 7ª ed. Lima, Empresa Editora Amauta.
- Maslow, Abraham. 1991. *Motivación y personalidad*. Madrid, Ediciones Díaz de Santos.
- Orrego, Antenor. 1995. *Obras completas*. Lima. Editorial Pachacutec, 5 tomos.
- Rogers, Carl. 2000. *El proceso de convertirse en persona: Mi técnica terapéutica*. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica.
- Robles Ortiz, Elmer. 2011. *Cátedra Antenor Orrego*. Trujillo, Inversiones Gráficas G&M SAC.
- Vargas Llosa, Mario. 2010. Elogio de la lectura y la ficción, en *Pueblo Continente, Revista Oficial de la Universidad Privada Antenor Orrego*. Vol. 21. Nº 2. Julio-diciembre 2010.
- Vasconcelos, José. El movimiento intelectual contemporáneo de México. Conferencia leída en la Universidad de San Marcos, Lima, el 26 de julio de 1916, en *José Vasconcelos y la Universidad*. Introducción y selección de Alvaro Matute. 1987. 2ª ed. México, D.F. Universidad Nacional Autónoma de México.



Antenor Orrego y Macedonio de la Torre en la playa de Huanchaco.